

Libros

LA ESPAÑA DEL XVIII

Con la publicación del libro de **Gonzalo Anes**, «**El Antiguo Régimen: Los Borbones**», queda completa la edición de la **Historia de España Alfaguara**, obra encomendada a un grupo de especialistas coordinados y dirigidos por **Miguel Artola**.

El intento común de la colección de utilizar un modelo de análisis que pueda aglutinar una amplia gama de factores —nivel demográfico, estructura económica, sistemas de comunicación social, organización estatal, política exterior, vida artística y cultural—, plantea un gran número de dificultades.

La primera de ellas es, sin duda, la penuria de estudios históricos en lo que concierne al Antiguo Régimen, y especialmente en lo que afecta al siglo XVIII. De ahí que en el libro de Gonzalo Anes esta falta de trabajos se convierta para el autor casi en una obsesión. Veamos algunos ejemplos. Al considerar los cambios de población en las distintas regiones, se nos dice: «...de momento no es posible realizar muchas precisiones en cuanto a eso». Si se trata de plantear la situación de los «no campesinos», encontramos: «No se han realizado estudios detenidos sobre la producción artesanal en la España del siglo XVIII. Debido a ello resulta difícil establecer un cuadro de conjunto, y es totalmente imposible aducir datos cuantitativos que permitan un análisis global». Si lo que tratamos es de considerar la base económica del estamento nobiliario, surge: «...falta de información cuantitativa necesaria para poder analizar los cambios operados durante la centuria...»; ejemplos todos ellos que evidencian hasta qué punto ha resultado difícil la realización de una obra necesariamente de síntesis, dadas las características de la colección.

Gonzalo Anes, consciente de estas **dificultades**, **no trata** —como vemos— de escamotearlas ni de suplirlas con análisis aventurados, sino

de asumirlas plenamente diciéndonos siempre hasta dónde las investigaciones realizadas nos permiten llegar en nuestras afirmaciones.

Pero para comprender plenamente cómo esta dificultad afecta en concreto al siglo XVIII español, conviene hacer unas consideraciones de tipo general sobre el tema.

Podríamos sintetizar la situación del XVIII español señalando como rasgos típicos del proceso de industrialización en España la fuerte regionalización de los grupos industriales y la sumisión de la industria a las fluctuaciones de la actividad agraria del país. Los comienzos de la industrialización habría que situarlos en los principios del XVIII, teniendo una incidencia escasa en el desarrollo económico del país. Dicha actividad industrial surgió como consecuencia del proteccionismo oficial por un lado, cuyos resultados no fueron muy satisfactorios, y la iniciativa privada por otro, concretada esta última en la industria sedera de Valencia, la metalúrgica del País Vasco, la hullera de Asturias y la algodonera de Cataluña. Rasgos, todos ellos, ya señalados por J. Vicens Vives.

Regionalización de los núcleos industriales, sumisión a la actividad agraria, evolución de ésta frente a la ganadería, incidencia del factor de-

demográfico, aumento de las necesidades a atender que derivan de ésta última, y cambios cualitativos surgidos como consecuencia de los cuantitativos, son variables a estimar y cuantificar, constituyendo puntos de estudio que sólo en ocasiones han sido atendidos por los especialistas.

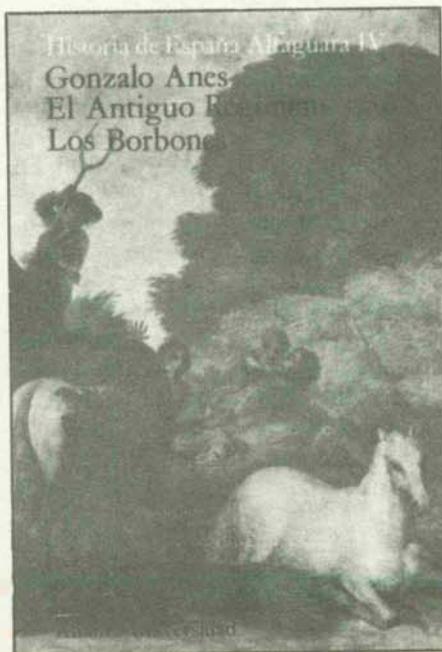
A estos problemas hay que añadir todos los que derivan del estudio de las fricciones en el seno de una sociedad estamental, incapaz de adaptar sus esquemas a la nueva situación económica en gestación.

En relación con estos dos tipos de problemas a los que venimos aludiendo, el autor ha podido contar, fundamentalmente, con los estudios realizados por Pierre Vilar, Felipe Ruiz Martín, Francisco Bustelo, Jordi Nadal, Josep Fontana, Antonio Domínguez Ortiz, Richard Herr, Miguel Artola y Jean Sarrailh que, junto a los anteriormente realizados por él mismo, tocantes sobre todo a las crisis agrarias y a los transportes, han constituido la apoyatura básica de esta obra. Los factores a analizar se estudian en la dirección y profundidad que permiten las investigaciones existentes, lo que hace que la obra sea desigual. Aspectos particulares y de amplitud reducida alcanzan en ocasiones un desarrollo muy amplio, mientras que otros, más necesarios en principio para la comprensión del período, se han visto muy limitados (resaltamos como ejemplo de estos últimos el dedicado al proceso de producción artesanal, proceso de producción manufacturero).

La obra se organiza en nueve capítulos, y en ella se abordan:

— El estudio de la población española, en el que se han seguido los estudios de Bustelo y de Livi Bacci, que llevan a concluir que la población española aumentó a un ritmo mayor que en Inglaterra, aunque menor que en Francia.

— El análisis de los estamentos de la sociedad española en el siglo XVIII, para lo cual se han utilizado fundamentalmente los trabajos de **Antonio Domínguez Ortiz**, y más en concreto su obra «**La sociedad española en el siglo XVIII**».



— La economía, sin duda el capítulo más completo y personal de toda la obra, debiendo destacarse el interesante estudio dedicado al sector agrario, los caminos y medios de transporte. Dentro de este mismo capítulo, Gonzalo Anes estudia el artesanado y la manufactura, manifestando que la existencia de 98.321 maestros frente a los 81.508 oficiales y aprendices en la Corona de Castilla permite inferir, para este ámbito geográfico, que eran numerosos los talleres en los que trabajaba un maestro solo. Este razonamiento nos parece algo forzado, y ello por dos razones: en primer lugar, realizar una generalización para un conjunto de 22 provincias resulta en estos momentos excesivo, más aún, si tenemos en cuenta el caso particular de Madrid; pero todavía nos resulta el razonamiento más forzado si consideramos un hecho que el autor ha pasado por alto: la posibilidad de constatar en España (como ya Henry Hauser lo había hecho en el caso francés) la existencia de dos tipos, no legales (salvo en determinados gremios a fines de siglo) aunque sí reales, de maestros: el maestro - empresario y el maestro - obrero que vive en una situación de total subempleo, unida su suerte más a los oficiales y aprendices que a aquellos que gozan de igual titulación que él. Lo cual nos coloca ante la necesidad de calibrar el avance del proceso de producción manufacturero.

— La organización política y administrativa, así como los problemas políticos del siglo, para cuya consideración se han tenido muy en cuenta, entre otros, los trabajos de G. Desdèvis du Dezert, Jean Sarrailh, Richard Herr y Miguel Artola.

— La América española del siglo XVIII, tema al que apenas se dedican diez páginas, lo cual se hace a todas luces insuficiente. Hubiéramos deseado que un especialista de la talla de Gonzalo Anes hubiera abordado decididamente las notas que caracterizaron las relaciones económicas entre la Península y la América española, cuestión de gran interés, especialmente si consideramos el extraordinario papel jugado por el comercio exterior en el modelo británico de tránsito del Antiguo Régimen a la sociedad burguesa.

Por último, la obra se cierra con el estudio de la cultura y el arte, siendo

éste sin duda el capítulo más flojo de todo el libro, especialmente en lo tocante a la arquitectura, escultura y pintura, que aparecen resueltas en ocho páginas de las 513 de que consta esta obra. Y es que a veces olvidamos, como ha señalado Nicos Hadjinicolaou, que debemos considerar la «ideología en imágenes» como una región del nivel ideológico, y que como tal ha de ser abordado su estudio.

A modo de resumen, podemos concluir diciendo que la obra resulta fundamentalmente un balance de los últimos estudios realizados sobre el tema, y por ello desigual en la extensión y profundidad con que son abordados los diversos aspectos, lo que hace que el conjunto resulte, en ocasiones, poco conexo, dando la impresión de haber sido realizado más por adición que de un modo orgánico.

Pese a ello, es un libro de interés para el acercamiento a lo que hasta hoy conocemos de la España del s. XVIII, y que además cuenta con el aliciente (como todas las que forman la Historia de España Alfaguara) de recoger una muy cuidada bibliografía. ■ **LUIS GALIANO.**

EL FRACASO DE LA REVOLUCION INDUSTRIAL

El profesor **Nadal Oller**, discípulo y colaborador de Vicens Vives, cuyas aportaciones a la demografía y a la historia económica de España son bien conocidas, quiere hacer en este libro (Nadal, Jordi: «**El fracaso de la revolución industrial en España. 1814-1913**». Esplugues de Llobregat, Barcelona. Ediciones Ariel, 1975, 314 págs.) una contribución a la historia económica de nuestro siglo XIX, partiendo de la hipótesis de la «incidencia sobre la economía española del modelo clásico, a la inglesa, de desarrollo» (p. 9). Considerando la siderurgia, la minería del carbón y la industria textil algodonera como elementos básicos de la revolución industrial, se propone, a través del análisis de estos tres sectores, no caer en «ese otro pecado, llamémosle de ideologismo a ultran-

za... que al **empecinarse** en el análisis exclusivo del movimiento, antes de indagar con exactitud el estado de las fuerzas productivas (ha metido) la historia de la clase obrera española —igual que la de la burguesía—... en un auténtico callejón sin salida» (p. 13).

En el primer capítulo analiza la falsa pista del aumento demográfico. El planteamiento clásico, que consideraba la población como variable autónoma que determinaba los cambios económicos, ha quedado superado. Hoy se trata, más que nada, «de fijar las relaciones que puedan haber entre los cambios demográficos y los cambios económicos» (p. 15). España es un caso anómalo. La evolución anterior al siglo XVIII no fue normal; los 7.500.000 habitantes del discutido censo de Campoflorido (1717) arrojan una población muy inferior a la soportable por el territorio, inclusive bajo una economía de antiguo régimen. El incremento de la población entre 1717 y 1860 no fue el resultado de la revolución industrial, sino que tuvo lugar «en plena



vigencia del antiguo régimen económico» (p. 21). Resumiendo: «ni revolución industrial, ni revolución demográfica» (p. 21). En 1900 España mantenía unos índices de natalidad bruta (33,8 ‰), de mortalidad (28,8 ‰) y de esperanza de vida (35 años), que la situaban en «un nivel rebasado por los pueblos escandinavos ciento cincuenta años antes» (p. 22).

Desde 1788 se incrementan las remesas procedentes de las colonias americanas al tiempo que desciende la renta de aduanas, equivalente al